

CLÁSICOS HISPÁNICOS

BARTOLOMÉ JIMÉNEZ PATÓN

# COMENTARIOS DE ERUDICIÓN

Libros XVII y XVIII

*Edición crítica, estudio y notas de*

MARÍA DEL CARMEN BOSCH, JAUME GARAU,  
ABRAHAM MADROÑAL y JUAN MIGUEL MONTEERRUBIO



IBEROAMERICANA — VERVUERT

Bartolomé Jiménez Patón

Comentarios de erudición  
Libros XVII y XVIII

## CLÁSICOS HISPÁNICOS

Nueva época, nº. 24

### *Directores:*

Abraham Madroñal (Université de Genève / CSIC, Madrid)

Antonio Sánchez Jiménez (Université de Neuchâtel)

### *Consejo científico:*

Fausta Antonucci (Università di Roma Tre)

Anne Cayuela (Université de Grenoble)

Santiago Fernández Mosquera (Universidad de Santiago de Compostela)

Teresa Ferrer (Universidad de Valencia)

Robert Folger (Universität Heidelberg)

Jaume Garau (Universitat de les Illes Balears)

Luis Gómez Canseco (Universidad de Huelva)

Valle Ojeda Calvo (Università Ca' Foscari)

Victoria Pineda (Universidad de Extremadura)

Yolanda Rodríguez Pérez (Universiteit van Amsterdam)

Pedro Ruiz Pérez (Universidad de Córdoba)

Alexander Samson (University College London)

Germán Vega García-Luengo (Universidad de Valladolid)

María José Vega Ramos (Universitat Autònoma de Barcelona)

Bartolomé Jiménez Patón

Comentarios de erudición  
Libros XVII y XVIII

Edición crítica, estudio y notas de

MARÍA DEL CARMEN BOSCH  
JAUME GARAU  
ABRAHAM MADROÑAL  
JUAN MIGUEL MONTEERRUBIO



Iberoamericana – Vervuert

Madrid – Frankfurt  
2021

Impreso con el apoyo del Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad  
(IEHM),  
de la Universidad de las Islas Baleares, y Universidad de Ginebra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

### **Derechos reservados**

© Iberoamericana, 2021  
Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid  
Tel.: +34 91 429 35 22 Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2021  
Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main  
Tel.: +49 69 597 46 17 Fax: +49 69 597 87 43

[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)  
[www.iberoamericana-vervuert.es](http://www.iberoamericana-vervuert.es)

ISBN 978-84-9192-221-6 (Iberoamericana)  
ISBN 978-3-96869-175-6 (Vervuert)  
ISBN 978-3-96869-176-3 (e-book)

Depósito Legal: M-8718-2021

Imagen de la cubierta: *Clase en la Universidad de Salamanca* (Martín de Cervera, óleo sobre tabla, 1614). Universidad de Salamanca.

Diseño de la cubierta: Rubén Salgueiros

# ÍNDICE

## ESTUDIO PRELIMINAR

1. Del contenido del «Libro XVII» y del «Libro XVIII» de los *Comentarios de erudición*
  - 1.1. «Libro XVII». De la vida universitaria salmantina
  - 1.2. «Libro XVIII». Miscelánea de saberes
2. La cultura clásica en el «Libro XVII» y el «Libro XVIII» de los *Comentarios de erudición*
  - 2.1. La cultura clásica en el «Libro XVII»
    - 2.1.1. Bartolomé Jiménez Patón, curioso y polifacético
    - 2.1.2. Las traducciones. Las *Lamentaciones* de Jeremías
    - 2.1.3. Marcial
    - 2.1.4. Otras traducciones
  - 2.2. La cultura clásica en el «Libro XVIII» de los *Comentarios de erudición*
    - 2.2.1. Los transexuales
    - 2.2.2. Las edades humanas
    - 2.2.3. La traducción de la sátira décima de Juvenal
    - 2.2.4. De lo general a lo particular
    - 2.2.5. La censura
    - 2.2.6. El gramático
    - 2.2.7. Elogio de las obras menores
    - 2.2.8. Colofón
3. Caracterización lingüística del «Libro XVII» y del «Libro XVIII» de los *Comentarios de erudición*

- 3.1. Puntuación
- 3.2. Grafías y fonética
- 3.3. Morfología
- 3.4. Sintaxis
- 3.5. El léxico del maestro Patón: entre la tradición y la modernidad
  - 3.5.1. Voces o sentidos arcaicos o poco usados ya en época áurea
  - 3.5.2. Voces o sentidos neológicos
  - 3.5.3. La riqueza léxica
  - 3.5.4. Conclusión

## Agradecimientos

## CRITERIO EDITORIAL

## BIBLIOGRAFÍA

## EDICIÓN

«Libro decimosétimo» de los *Comentarios de erudición*

«Libro decimootavo» de los *Comentarios de erudición*

## GLOSARIO

## ABREVIATURAS Y SIGLAS

# ESTUDIO PRELIMINAR

## **1. DEL CONTENIDO DEL «LIBRO XVII» Y DEL «LIBRO XVIII» DE LOS COMENTARIOS DE ERUDICIÓN**

### **1.1. «Libro XVII». De la vida universitaria salmantina**

Como no puede ser de otra manera, no es posible tratar de estos dos libros sin remitirnos a la introducción general publicada en el tomo primero, dedicado al «Libro XVI» de estos *Comentarios*, donde se describía toda la obra de forma sucinta<sup>1</sup>. En efecto, ese primer tomo contiene el primero de los cinco libros que comprende en volumen IV de los *Comentarios de erudición*, único que ha llegado a nosotros de los ocho que escribió el maestro, con los que pretendía recopilar su obra completa. Dicho libro primero se dedica, especialmente, a la traducción de las *Odas* de Horacio (libro tercero), pero acompaña a dicha traducción fragmentos de variada erudición (los derechos de Castilla sobre Portugal, por ejemplo, cuando Laminio, el protagonista de estos *Comentarios*, camina hacia Lisboa) con anécdotas y relatos verídicos de sucesos puntuales ocurridos en su tiempo, como el del padre que quiso casar a su hijo con una mujer para heredarla. Esa tónica se va a respetar en el resto de los libros que componen este tomo (libros XVII y XVIII): una narración itinerante por España en la que Laminio (alter ego del propio Patón) va refiriendo la historia y las características de los lugares por donde pasa (Salamanca, Galicia, León, Burgos), mezclada con aportaciones de sesuda erudición sobre cuestiones y autores diversos (Marcial, Juvenal, Jeremías, Isócrates,

Varrón, el Concilio de Trento, etc.) y con relatos de más o menos actualidad (la mujer que mató al marido inducida por su amante) y cuestiones pintorescas varias (la existencia de demonios y sus clases, los libros que ha escrito un amigo, es decir el propio Patón, o cuándo y por qué tuvieron principio las novatadas o los vejámenes en las universidades, por ejemplo). Todo ello pretende constituir un conjunto variado de amena erudición con que entretener a sus lectores.

En ese lugar se daba la indicación de que el «Libro XVII» se dedica a la ciudad de Salamanca, lo que es lo mismo que decir que se dedica a la universidad en que se graduó Patón como maestro. Es un libro dedicado a la sabiduría, que en determinado momento se aparece en sueños a los protagonistas de estos *Comentarios*, en particular a Laminio, es decir, el propio Patón.

El autor, que se había formado en Baeza primero y se graduó como maestro en la ciudad del Tormes, donde seguramente conoció y siguió las enseñanzas del Brocense, al que no tuvo empacho en traducir encubiertamente en esa obrita del almedinense que a la postre quedó inédita, el *Instrumento necesario para adquirir todas las ciencias y artes*, es decir, un manual de Dialéctica, basado principalmente en el *Organum dialecticum* del de las Brozas<sup>2</sup>.

Patón reconoce la primacía de dicha universidad y la pone por delante de cualquier otra, no solo española, sino de cualquier parte del mundo. Los nombres de la Antigüedad clásica, proclama el maestro, no hubiesen tenido necesidad de acudir a ningún lugar porque en Salamanca se concentra el saber en todas las disciplinas, desde los Derechos a la Medicina, pasando por las Artes (es decir, las letras humanas) hasta alcanzar la primera de todas las disciplinas, la Teología.

Es un libro dedicado a la enseñanza, tanto en lo que se refiere a los que imparten dicha enseñanza, los maestros,

como a los que la reciben, los estudiantes, a los que se dan consejos particulares al final del libro, en la famosa carta de Isócrates a Demónico, seguida de algunos avisos de Varrón. Ambos escritos se reproducirán después en una obra posterior del maestro de Villanueva, titulada *El virtuoso discreto*, que quedó inédita hasta nuestros días<sup>3</sup>.

Así pues, es un libro en que domina todo lo que tiene que ver con lo académico de las escuelas universitarias salmantinas, de ahí que se recojan escritos que explican qué significan los grados universitarios y cuándo se instituyeron, las vayas o burlas a los novatos, los vejámenes que se dan a los que obtienen la mayor categoría académica (maestros o doctores) o por qué en dichas escuelas se había escogido como patrono a san Lucas. Todo se explica de forma razonada, aunque las razones sean a veces un puro disparate (como que el primer vejaminado fue Adán).

A ello hay que añadir otros escritos que aparecen en el mismo libro como la prelección que hace sobre Marcial uno de los catedráticos o una erudita elucubración sobre la usura, tema candente en el siglo xvii. Tienen lugar en este momento, porque las diferentes facultades universitarias (Artes, Derecho) reúnen a los especialistas, capaces de explicar estos asuntos.

Pero este libro contiene más cosas: se abre con un preámbulo dedicado a la fama, para llegar inmediatamente a la sabiduría, «un cuidado y un deseo de alcanzar las cosas que se inoran» y la sabiduría tiene como principal morada la ciudad de Salamanca, por la presencia en ella de sus famosas Escuelas, es decir, la universidad. Por eso mismo, Laminio tiene una visión de la sabiduría, a través de la *Consolación* de Boecio, y con el filósofo, la del poeta italiano Dante. Como señala Carmen Bosch<sup>4</sup>, Laminio llega a la universidad justo en el día de su patrón, san Lucas, cuando se celebra una grandiosa fiesta, en la que un célebre orador

pronuncia una oración latina para inaugurar el curso. Patón traduce dicha oración «por la ínclita Academia de Salamanca». Dicha oración, sin duda pronunciada por un profesor salmantino, la guardaría el propio Patón, de ahí que se permita traducirla al pie de la letra. Le viene muy bien para sus propósitos, por cuanto da cuenta de la fundación de la universidad y de la propia ciudad, que describe como tierra fértil no solo en lo referido a la naturaleza de su entorno, también por la cantidad de hombres sabios e ilustres que produce. Alaba todas y cada una de las facultades, y también la selección de estudiantes, por cuanto la universidad se desprende de los que no sirven y corrompen a los demás. Se detiene particularmente en algunos nombres, como Nebrija, el Brocense, el Tostado o santo Tomás de Villanueva, santo de la devoción del propio maestro de Villanueva de los Infantes. De forma que la oración termina con una invocación a la Virgen para que continúe amparando los estudios.

Patón alude al inicio de curso el día siguiente y cómo un catedrático se proponía explicar a Jeremías en la Facultad de Teología, pero los estudiantes le pidieron que primero aclarara cuestiones mucho más cotidianas, como por qué se había escogido a san Lucas como patrono, o cuándo empezaron los vejámenes, las vayas a novatos y los grados que dispensaba la universidad. Y a todo respondió con suficiencia el tal catedrático, dando noticia de las múltiples capacidades de san Lucas en muy diversas ciencias, lo que le convertía en un patrono idóneo. Ello le permite a Patón dar noticias bien curiosas sobre ese ejercicio universitario que se llamó vejamen de grado<sup>5</sup>, que el autor retrotrae hasta los egipcios, que en Salamanca lo dan cuatro «a quien llaman gallos»; en Alcalá, un doctor graduado y en otras partes un truhan, que lee un texto de autor ajeno. Algunos de estos gallos salmantinos se nos han conservado<sup>6</sup> y también otros de Alcalá y otros lugares<sup>7</sup>, lo cual da idea de

la veracidad de las palabras del maestro. Lo mismo hace con las vayas y matracas (novatadas de su tiempo), a las que también busca orígenes antiguos, y, por último, con los grados, cuyo principio sitúa en la Universidad de París. Termina explicando el color de las borlas y capirotos de las diferentes facultades.

Acto seguido, el catedrático explica la «Primera lamentación» de Jeremías, que como señala Bosch<sup>8</sup>, está emparentada con las *Lamentaciones* de Jeremías de su amigo don Francisco de Quevedo. Las *Lamentaciones* o versos élegos se cantan en los días de la Pasión, y las de Patón en particular siguen a san Jerónimo para no apartarse de la ortodoxia<sup>9</sup>. Como bien precisa el maestro, los Trenos traducen las letras del alfabeto y Patón recuerda que Pedro Ambrosio de Ondériz, cosmógrafo de Felipe II, acaso paisano del maestro de Almedina, había escrito unas canciones en verso sobre las nueve primeras letras, que circulaban manuscritas o impresas. Laminio, es decir, Patón, completa dicha traducción con la versificación de las canciones que corresponden a las letras restantes, hasta completar «el abecé de las *Lamentaciones* de Jeremías en nuestro *Comentarios de erudición*» (*Declaración preámbula del salmo 118*<sup>10</sup>). ¿Qué afán, se pregunta Bosch<sup>11</sup>, pudo mover a Patón para versificar la obra de Jeremías? No podemos dar una respuesta inequívoca, pero entendemos que va en la dirección de mostrar la capacidad y el magisterio en todas las artes.

Inmediatamente después de las *Lamentaciones* versificadas viene otra lección de un catedrático (se entiende ahora que en Derecho Canónico) sobre los concilios en general y el de Trento en particular. Empieza hablando de los diferentes tipos de concilios, su origen, etc., para llegar hasta el de Trento, que explica tuvo su desarrollo entre 1545 y 1563. El catedrático declara el concilio, que está escrito en latín, y esto le sirve al maestro Patón para

despotricar contra aquellos que no entienden la lengua de cultura de la época, introduciendo alguna anécdota concreta sobre dos clérigos que disputaban sobre un texto latino, cuando uno de ellos no entendía prácticamente nada de esa lengua. No en vano, estos *Comentarios* se guían por la variedad y la amenidad, como también se ha señalado<sup>12</sup>.

Del concilio pasamos a una declaración de Marcial, como las que Patón había ido divulgando hacia 1627-1628<sup>13</sup>. Patón hace primero una prelección sobre el poeta hispano y sus epigramas; pero la que le ocupa ahora es un epigrama del libro primero en alabanza de Deciano. Para el maestro, Marcial es un digno representante del genio español, aunque se expresara en latín y subraya que el de Calatayud «en el jugar de vocablos a la española fue particular», y sigue, «y aun hasta en los pensamientos y socarronerías usó de donaire gracioso muy a lo español», como si se tratara de su amigo, don Francisco de Quevedo, padre del conceptismo literario. Laminio se presenta al catedrático para agradecerle la lección y, de paso, le traduce un poema de Pincio, también comentarista de Marcial. Después llegan a una posada, donde encuentran a unos estudiantes de un pueblecito de las riberas del Duero, que cuentan el caso curioso y terrible de una mujer amancebada que fue capaz de dar muerte a su marido y a su amante a la misma vez, ahogándolos en el río. Suceso acaso histórico que da pie a Patón para hablar de las malas costumbres de las mujeres, y le permite poner, en boca de Jacinto, una traducción de Menandro y otra de Anacreonte en la de Laminio.

A continuación, le toca el turno a un teólogo que habla de la licitud de los censos, en un discurso que afecta tanto al Derecho como a la Teología, por cuanto tiene que ver tanto con la caridad cristiana como con la usura o los préstamos con interés. Un asunto candente en la España de la época, que tal vez se puede relacionar con el patoniano *Discurso*

*de la tasa del pan*, también contenido en estos *Comentarios*.

Laminio quiere abandonar Salamanca a principios de la Cuaresma para ir a Sevilla, pero antes deja traducida una obrita del griego, los *Avisos de Isócrates a Demónico*, que incluye después en una obra suya que quedó inédita, *El virtuoso discreto*<sup>14</sup>. Esta obrita y los *Avisos* en particular se dirige a los más jóvenes, «siendo la edad de los mozos de suyo inclinada a los deleites», estos avisos pretenden guiar al joven estudiante por la senda de la virtud, por medio de unos consejos «que miran a la salud del alma». Acompañan a estos *Avisos* unas sentencias de Varrón (pseudo Varrón) que van encaminadas en la misma dirección que las anteriores. Gentiles sentencias, como dice el maestro, pero muy «acristianadas», según su costumbre. Termina la carta y el presente libro con unos versos de la *Historia natural* de Lucrecio y con otros de *De Salvatore*, de Claudiano, que encarecen especialmente seguir la senda trazada por Cristo.

En definitiva, un libro dedicado a la enseñanza y que muestra el camino de la sabiduría para un estudiante cristiano, como cualquiera de los estudiantes que el maestro Patón tenía en su estudio de Villanueva de los Infantes.

## **1.2. «Libro XVIII». Miscelánea de saberes**

A pesar de lo que dice el final del «Libro XVII», el «Libro XVIII» nos presenta a Laminio camino de Galicia, y en una posada se encuentra con unos estudiantes que van a cumplir una promesa a Santiago. Como si se tratara de una obra del género corográfico, tan frecuente en la época, comienza Patón a referir los orígenes míticos, cuya cabeza sitúa en Teucro, hermano de Ajax Telamón, que se halló en la Guerra de Troya. Después se centra en la ciudad de Compostela, donde llegó el apóstol Santiago y donde fundó una suntuosa iglesia el rey don Alonso el Casto. Además de

alabar la romería que se hace al santo, también da cuenta Laminio de las magníficas escuelas que existen en la ciudad, a las cuales acuden estudiantes de todas las naciones, y entre ellos un italiano que decía haber sido primero hembra y ahora se había transformado en varón; también recuerda el caso de una monja de Úbeda, monstruos de la naturaleza, en definitiva, a que tan frecuentemente aludían los escritores barrocos. Laminio refiere otros casos que ha leído en autores clásicos como Hipócrates o Aulo Gelio o más recientes como Amato Lusitano o Torquemada. Todo ello le da pie para elaborar una teoría sobre este asunto basada en autoridades clásicas, pero también señala cómo nunca ha ocurrido al revés: que los hombres se transformen en mujeres, aunque inciden en el hecho de la gran abundancia de afeminados, de lo cual —sigue— «se acordó un amigo nuestro en una invectiva que hizo contra guedejas y tufos», clara referencia al discurso del maestro Patón sobre los tufos, copetes y calvas, que no aparecería hasta el año 1639, aunque es evidente que estaba compuesto bastante tiempo atrás<sup>15</sup>.

Todo ello se presenta como un diálogo entre Laminio y el administrador del hospital de peregrinos de Santiago, que casualmente era un conocido suyo de su tierra. Como si se tratara de un diálogo de los muchos que se escriben en la España de los siglos XVI y XVII<sup>16</sup>, ambos interlocutores siguen hablando de cuestiones curiosas como la crítica de los «doctos de prólogos», es decir, de aquellos que no saben más que la parte externa de los libros; la diferente manera de contar la edad de los antiguos, lo que les lleva a un comentario sobre la inmortalidad y los viejos que se remozan, como aquella abadesa de casi cien años que se convirtió en una mujer que «desechó las rugas de la cara y le crecieron los pechos». Como ella, hay otros casos que se traen oportunamente a colación. Pero Laminio opina que sobre esto hay muchas ficciones y mentiras y pone como

ejemplo lo que ocurre con la leyenda de don Enrique de Villena, «que, a no haber un amigo nuestro desengañado y enseñado lo cierto, echara más raíces que las que habéis referido». Como en otras ocasiones, Patón se está refiriendo a don Francisco de Quevedo, y en concreto a su obra *El sueño de la muerte*, donde efectivamente deshace la creencia popular de que el marqués se hizo inmortal y se metió en una redoma, como si fuera otro Diablo Cojuelo.

Pero la inmortalidad no existe, parece decir el administrador, y recuerda el tópico del *ubi sunt?*, cuando pregunta dónde están ahora el Templo de Salomón o las monarquías de asirios, medos, persas o griegos. Ello le sirve a Patón para recordar el tópico del Barroco sobre el paso del tiempo y la llegada de la muerte, y también para recomendar una vida ordenada y de acuerdo con la moral cristiana. A ese propósito habla de la inflación producida por la entrada de moneda de vellón falsa en Málaga y otros puertos, lo cual no deja de ser un detalle de actualidad.

En ese momento, un caballero peregrino recuerda que los ejemplos de la Sagrada Escritura son mejores que los que se pueden encontrar en fábulas milesias, cuentos de viejas, transformaciones poéticas y libros de caballerías, como también se puede leer en Juvenal. Y a ese propósito Plácido recuerda que tiene traducida e ilustrada la sátira décima de este autor, que titula «Desengaño y freno para los deseos humanos». Una declaración similar a la que el maestro almedinense había hecho para la sátira sexta del mismo autor latino, que publicó en 1632 con el título de *Declaración magistral destos versos de Juvenal, sátira 6*<sup>17</sup>. A Patón le vienen muy bien dichas sátiras, porque como escribe a propósito de la décima, «con agudeza satirizando y con moral doctrina enseñando, censura los inorantes y locos deseos de los hombres». Y continúa: «este gentil nos enseña a los cristianos cómo las quejas de la fortuna son ociosas, pues no hay tal deidad, que todo es de Dios».

El texto de la traducción y comentario de Juvenal se nos ofrece como sacado de un cartapacio, con cuya lectura se termina la estancia en Galicia y los peregrinos salen para León. De la misma forma que en Galicia, empieza Patón con la noticia de la historia de la ciudad, que debía su nombre —según él— a la animosidad con que había peleado don Pelayo para recuperarla de los árabes, si bien alude también a las legiones romanas que vinieron a conquistar España en tiempos del emperador Nerva. Los peregrinos paran entonces en San Marcos y entretienen su ocio con conversaciones honestas y reparadoras del alma, pero un criado del convento refiere haberse topado por la noche, en unos valles lóbregos, con figuras como de negros agigantados, de los que solo les protegió el nombre de Jesús y la cruz de sus rosarios. Laminio habla entonces de la existencia de demonios, que podían tomar diferentes figuras, y sigue una conversación sobre los tipos de demonios, que Laminio había estudiado.

Este es uno de los puntos más controvertidos del presente libro y que más complicación pudo traer a su autor, por cuanto empieza a dar cuenta de los que habitan en las regiones del fuego, del aire (son los que pueden descender a la tierra, a veces invocados por hechiceros), de la tierra (que habitan en bosques, caminos, aguas... y entre ellos están los trasgos y duendes, y otros que procuran que enfermen los hombres «quitándoles el discurso con una perniciosa melancolía que dicen 'manía' para que desta suerte furiosos asombren, hagan daño y aun maten»), después vienen los subterráneos, y aquí interviene Laminio o Patón para dar noticia de unos miserables de su lugar que buscando un tesoro casi quedan atrapados debajo de una peña. A este tipo —continúa— pertenecen los demonios de las cuevas de Salamanca y Toledo. En este punto concreto alude el maestro de Almedina a una declaración que había hecho en otro lugar de «cómo se han de entender las artes

mágicas». Alude, como es sabido, a la cueva de Salamanca, en la ciudad del Tormes, y a la cueva de Hércules, en la ciudad imperial, tan famosas por otra parte por la literatura de la época, baste recordar el entremés cervantino *La cueva de Salamanca* o la comedia de Lope *El capellán de la Virgen*. Se habla después de los «huidores de la luz», con que da fin este pequeño discurso sobre los demonios y sus tipos. Como al religioso no le hubiese quedado claro lo de la región del fuego, le pide a Lamino que profundice un poco más en ese punto concreto. Y el *alter ego* del maestro de Almedina determina que no duda de la existencia de la región del fuego, opina simplemente que no se encuentra donde dicen Aristóteles y sus secuaces.

Como si se tratara de seleccionar un tema de oposición, se introducen ahora seis cédulas en un bonete para escoger un tema que había que declarar y le cae en suerte un dístico de Ovidio, de los contenidos en el *Ponto*. Y le corresponde a Plácido declarar lo que supiera de dicho dístico, que trata de la podagra o gota, lo cual le permite al autor una pequeña digresión sobre dicho mal y el de la rabia, y señala: «Mas ha de advertir el lector que fue mucho más lo que repitió que lo que aquí se escribe», dando cuenta de que todo lo contenido en dichos *Comentarios* estaba destinado a la imprenta.

Como los otros personajes elogiaron la erudición, aun de temas pequeños, se alude a un amigo que ha hecho una alabanza de la calva, los tufos y copetes, a la que alude como «una ingeniosa, erudita y bien estudiada invectiva, en un buen razonado y maduro discurso que quisiera yo ver estampado para desengaño destos locos que lo usan», en clara referencia de nuevo al *Discurso de los trajes, copetes y calvas*, que saldría impreso en 1639. Lo mismo alude a lo que el amigo pudo «escribir excelencias del tabaco», en este caso impreso en el libro *Reforma de trajes* (1638)<sup>18</sup>. Ambas obras se dedican a satirizar la indumentaria y los

peinados de la época. Justifica Patón este tipo de escritos por los que escribieron los antiguos sobre el rábano, el llantén, la ortiga, el nabo, la col, etc. El religioso alude a que se maravilla de que no existan otros libros dedicados al chocolate (precisamente Patón se excusa de no haberlo emprendido) y se refiere al que escribió contra la langosta, como se sabe el discurso publicado por el maestro en 1619 con el título de *Discurso de la langosta que en el tiempo presente aflige y para el venidero amenaza*. Virgilio alabó al mosquito y Homero la guerra de los ratones y ranas, Apuleyo trató del asno... Y todavía se refiere a «un gramático que ha escrito contra las cruces que se ponen en los sobrescritos de las cartas y otras», en clara referencia de nuevo a una obra propia, como es la *Decente colocación de la santa cruz* (1635). Plácido replica que «aunque gramático en la ocupación, sus estudios aseguran de que puede sacar luz [en] cosas semejantes».

Todavía queda tiempo para referir que algún contemporáneo «ha hecho encomios muy elegantes en poesía en favor de los cuernos, no solo de los animales, pero de los metafóricos», que puede aludir —como se anota en su lugar correspondiente— a algún autor como Góngora o Quevedo. A Patón le parece un buen ejercicio retórico, porque «de cosas tan humildes, que son humo, sacan luz y resplandor de doctrina y de sentencias». Y se refiere a las loas que antecedían a las comedias en alabanza de una letra, «un número, un color, la espada, la montera o caperuza», como corresponde a las loas de finales del siglo xvi. La razón que se da es que lo que hacían simplemente era utilizar el *Vocabulario* de Nebrija y «decorar hasta donde pudiesen».

Esta técnica es también muy típica de la época barroca, en que se podían publicar novelas en las que faltaba una vocal o pequeños textos que consistían en ristras de refranes o frases proverbiales, títulos de comedias o similar.

Baste citar algunas obras de Francisco de Navarrete y Ribera, el *Cuento de cuentos* del gran don Francisco de Quevedo o el entremés *Las civilidades*, de Quiñones de Benavente.

Parte ahora Laminio y se adentra en Castilla. Pasa por Zamora, Toro, Medina del Campo, Valladolid, sin hacer especial mención de ninguno de estos lugares hasta llegar a Burgos, donde admira lo más llamativo de la ciudad: las Huelgas o el hospital de Calatrava. En ese momento se encuentra a un caballero anciano, que le cuenta el origen de la ciudad y que alaba su grandeza pasada, aunque en el tiempo presente va en disminución y eso le provoca sentimiento, pero Plácido le consuela diciendo que todas las cosas de este mundo están sujetas a mudanza, lo cual parece querer aludir a todo el reino y no solo a la ciudad castellana.

Estos dos libros vienen a confirmar lo que esbozábamos al principio: que los *Comentarios* son un conjunto de variada y entretenida erudición que pueden tratar cualquier tema por comprometido que sea (el de los diferentes tipos de demonios, por ejemplo) pero siempre desde la perspectiva de la ortodoxia católica y con la metodología de la filosofía escolástica. La continua referencia de los protagonistas Laminio o Plácido a un autor amigo, que no es otro que el propio Patón, no deja de ser un intento de autopromoción del maestro de Almedina, que estaba buscando patrocinador para esta y otras obras que el mismo iba escribiendo y que le costó mucho dar a la imprenta: basten los ejemplos de la *Reforma de trajes* o del *Discurso de los tufos*, compuestos sin duda en la década de los veinte, pero que no pudieron salir en letras de molde hasta finales de los treinta.

## **2. LA CULTURA CLÁSICA EN EL «LIBRO XVII» Y EL «LIBRO XVIII» DE LOS COMENTARIOS DE ERUDICIÓN**

## 2.1. La cultura clásica en el «Libro XVII»

### 2.1.1. *Bartolomé Jiménez Patón, curioso y polifacético*

Para justificar el uso reiterado de la cultura clásica por parte de Bartolomé Jiménez Patón, quizás sea oportuno recordar su concepto de «curioso» o «estudioso», así expresado:

Y hay algunos destes nombres que los hallamos más ordinariamente usados en su metáfora que en sus propiedades; de estos, uno es el nombre curiosidad que propiamente significa el vicio de que aquí habemos tratado, como consta de sus difiniciones, pero ya de ordinario le usamos en la metáfora llamando curioso a el deseoso de saber, a quien con propiedad llamamos estudioso, la cual diferencia da santo Tomás en el lugar citado; y en esta metáfora de recibir curioso por estudioso, también lo usó nuestro autor cuando en el principio nos aconseja fuésemos curiosos en el escudriñar las causas de las cosas naturales y las historias antiguas, que son estudios que hacen a el hombre sabio con la continua lección<sup>19</sup>.

De sobras es conocida la biografía del maestro y es indiscutible su identificación con Laminio<sup>20</sup>, el personaje polifacético, curioso o estudioso, según el mismo afirma, quien llega a la apertura de curso de la Universidad de Salamanca, cuna del saber, y so pretexto de no perderse ninguno de sus actos, empezando por el discurso inaugural, asiste a las primeras clases, porque «de todas tenía principios y así gustaba de todas» [f. 132v<sup>o</sup>], ocultándose tras de los catedráticos de unas disciplinas, que dan medida de sus propios conocimientos.

Él es, muy probablemente, «el célebre orador, Cicerón nuevo en lo acendrado del latín y vivo en la acción» que pronuncia la «Oración por la ínclita Academia de Salamanca», pieza perfectamente sujeta a las reglas de la Retórica y excelente marco para describir la historia de la ciudad, su riqueza natural y arquitectónica; la de sus gentes, servidoras de la patria, ley y rey, y acogedoras de forasteros; sus grandes eruditos y santos y su universidad

excelsa en todo conocimiento: Teología, Derecho, Dialéctica, Filosofía, Gramática y Medicina.

Es también el estudioso o curioso de la ciencia que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones; el comentador de cánones y concilios, sobre todo el de Trento.

Bajo los personajes citados, se halla el gramático atento a las figuras de dicción y léxico, aunque a veces dé alguna etimología sorprendente. Por ejemplo, dice el catedrático de Sagrada Teología al responder a una de las cédulas echadas por los estudiantes, interceptando el inicio de la lección:

Grados se dijeron de *gradus* en latín, que quiere decir 'escalón'. Y el primero es el de bachiller, en latín *baccalareus*, el cual se dice así —según Prateio y conforma con Alciato y aún dice ser sentencia de Paulo, jurisconsulto, por ser autor desta ley— de *bacca laurea*, como que premiados con ramas de laurel. Esta denominación no le agrada a Luis Vivas\*, el cual en muchas partes la refuta diciendo que muchos nombres se trasladaron de las cosas de Inglaterra a las de Escuelas, y así se trasladó éste. Como *tiro* quiere decir propiamente 'soldado bisoño', y se pasa a significar, por metáfora 'el principiante en los estudios'. De la misma manera *baccalareus* dice que es nombre francés, por el cual se significa el que en cosas de la guerra se halló alguna vez en alguna batalla [f. 140].

Y el mismo añade en otra ocasión:

Lucas quiere decir 'el que se levanta con ligereza' y como que diciéndole al estudiante que, si quiere saber, que no ha de dormir sepultado en pereza [...] por eso le dan por patrón al que se levanta ligero para las cosas del servicio de Dios, que ese es Lucas. O se dijo así de *lux* a lo latino por la luz porque el que la quisiere tener en la escuridad de las tinieblas de la ignorancia ha menester las de sabiduría de Dios [f. 135].

Similar erudición manifiesta el catedrático de Cánones:

«Concilio» se dijo tomando el nombre de los romanos, que a sus juntas le daban este nombre, o *consilium*, porque aquí vienen de conformidad todos a ser de un parecer y consejo. Dicen decirse a *cilia*, por las cejas, porque, cejeándose, declaraban las intenciones [f. 151v<sup>o</sup>].

*Oecumenici* quiere decir lo mismo que «general», porque, como queda dicho, *oecumene* significa 'el mundo'. Y así como [de] *uniuersum*, que significa lo mismo, se saca *uniuersale* que quiere decir 'cosa que a todo el mundo toca', lo mismo es «ecuménico» y lo mismo es «católico» [f. 155].

Asimismo, este es el que aconseja a los alumnos saber un latín más que mediano para entender los cánones y disposiciones del Concilio de Trento, a la vez que da un varapalo a los maestros que aprueban a los que lo desconocen, alegando que estudiándose latín en otras facultades, lo irán aprendiendo:

Vemos que sucede al revés; que, como no llevan principios bastantes para entender los autores de la Facultad, el no entendedlos, les causa enfado y menos precio, según lo de Catón, y así ni saben lengua ni ciencias [f. 155v<sup>o</sup>].

Para estos alumnos que pululan por las facultades sin saber más que al principio, recomienda una solución drástica:

Digo que a los tales echallos por insuficientes para cualquier Facultad porque no profanen y afrenten las aulas [f. 156v<sup>o</sup>].

El catedrático acude a la anécdota personal —una pequeña vanidad— para ilustrar su teoría:

No es alabarme sino decir lo que pasa en realidad de verdad, mas, siendo yo oyente, me sucedió estudiar un título entero y sacar su sentencia con gusto en una trasnochada, y aún tener lugar de ver otras cosas a otros propósitos. Y juntándonos a comunicar después lo que cada uno había estudiado, muchos de los otros no habían acabado de ver una ley, ni un párrafo y aún tal hubo que dijo se le había ido la noche sin poder averiguar si una letra era «c» o «e» porque le parecía que debía de ser «e» y no tenía ojillo. Y otra noche tuvo otra tal contienda con una «i», averiguando cómo tenía tilde arriba. Todo lo cual procedía del más y menos entender latín [f. 156-156v<sup>o</sup>].

Jiménez Patón es el erudito que muestra reiteradamente su cultura libresca, consistente en las múltiples citas y autores con los que enriquece su obra. De lo que no hay duda es de su preferencia por Marcial. De ahí que la lección del catedrático del Aula de Prima de Lengua Latina represente una síntesis de los estudios patonianos sobre el ilustre bilbilitano. Sin duda, el maestro, autor de un número considerable de *Declaraciones magistrales* de los *Epigramas* de Marcial y, por tanto, especialista en ello, manifiesta una peculiar identificación con el mencionado catedrático si bien

difieren pedagógicamente. El método empleado por aquel consiste en transcribir el epigrama a analizar y luego comentarlo con exhaustividad, es decir, *de omni re scibili*, como diría el humanista y pensador Pico della Mirandola, hasta llegar a unos extremos que nada tienen que ver con el texto base. En este caso, en cambio, el catedrático procede ordenadamente; comenta la vida del poeta y su obra en conjunto, siguiendo a Crinito; da su opinión personal respecto al maremagno temático, que mejor hubiera sido concatenado; para explicarla, cree necesaria la erudición de Plutarco y de autores antiguos y modernos, así como la lección de cosas de la Antigüedad, jeroglíficos, ritos y costumbres, es decir, lo que actualmente denominamos *realia*. En cuanto a la lascivia de la que se ha acusado al epigramista, considera que la prudencia y honestidad del enseñante bien puede obviarla.

### 2.1.2. *Las traducciones. Las Lamentaciones de Jeremías*

Las traducciones constituyen un aspecto muy destacado del «Libro XVII». Hay dos tipos de versiones, clasificables según su brevedad y extensión o bien utilizadas como ornato i/o con intención moral y pedagógica. Entre las primeras, apenas en el umbral de la obra, se encuentra el poema cuarto del libro primero del *De Philosophiae consolatione* de Boecio. Es cuando —según cuenta el narrador— la Sabiduría, especialmente asentada en Salamanca, se aparece en sueños a Laminio, vestida con galas similares a las de la Filosofía al visitar al filósofo y poeta en su celda de condenado.

El docente de Teología Sagrada, en la primera lección del curso, apenas ha podido esbozar las *Lamentaciones* de Jeremías ya que las cuatro cédulas echadas por el alumnado lo han impedido. Dos de ellas son especialmente

interesantes: ¿cuándo tuvieron principio los vejámenes y qué bien se sigue dellos? y ¿cuándo vayas a los novatos y a qué fin? [f. 133] El catedrático, amén de citas bíblicas — siempre presentes en los comentarios patonianos—, aduce las de Horacio y anécdotas concernientes a Catón, a Saladino, a Alejandro Magno; asimismo recuerda la actitud de los antiguos filósofos, según testimonio de Cicerón y Plutarco, al probar la capacidad de sufrimiento por parte de los novatos ante los insultos y ultrajes de los veteranos. En su glosa al sufrimiento y la paciencia, romancea los versos 225-236 y 233-234 de los *Remedios de amor* de Ovidio, entresacados de la *Polyanthea* de D. Nanus Mirabellius, al igual que todas las citas anteriormente mencionadas y las de Homero, Pítaco, Menandro, Plauto y Virgilio.

Jiménez Patón nos ofrece la traducción de ocho letras atribuidas a Pedro Ambrosio de Ondériz<sup>21</sup>, cosmógrafo de Felipe II —la letra *theth* es aportada por un estudiante anónimo—, y Laminio recita las trece restantes de cosecha propia y adaptadas al ritmo y rima de las anteriores. Esta traducción tiene especial importancia, pues representa una nueva aportación a las reiteradas versiones producidas en el transcurso de los siglos. Durante el siglo XVI, la Iglesia prohíbe traducir la Biblia, pero esto no afecta a las versiones poéticas, y vemos sobre todo que las Sagradas Escrituras se utilizan con finalidad docente, así Mateo Alemán, Baltasar Gracián y Francisco de Quevedo, sin olvidar las comedias bíblicas de Lope de Vega —asimismo amigo de Patón—, Tirso de Molina y Calderón de la Barca. Cabría preguntarse: si en Quevedo la paráfrasis y comentario de los *Trenos* obedece a un intento «más de piadoso que de atrevido»; si Lope de Vega cita reiteradamente las *Lamentaciones* en la *Jerusalén conquistada* (1609) y traduce las doce primeras letras del alefato hebreo en *Los pastores de Belén* (1612); si Ondériz, científico y humanista, traduce asimismo estas

misteriosas letras, ¿qué afán mueve a Laminio, quizás la emulación?

Una vez finalizada la lección, el joven Jacinto —viejo conocido— alaba al catedrático y recita a Laminio la traducción, dedicada al docente por un curioso, de la (*sic*) epigrama 1, 39 de Marcial en honor de Deciano, cuya traición se evidencia ya en el primer verso: *Si quis erit raros inter numerandus amicos*, así traducido: «Si alguien ha sido amigo / de los pocos que tuvo el Siglo de Oro» [f. 158v<sup>o</sup>]. El epigrama tiene su importancia porque las virtudes de Deciano darán lugar a la evocación de los versos de Silio Itálico (*Punica*, 6, 466-489) por parte de Laminio, referentes al mítico Marco Régulo, modelo de lealtad a su patria hasta la muerte [ff. 159-160].

### 2.1.3. *Marcial*

La total identificación del maestro con el catedrático de Lengua Latina se manifiesta en su comentario de Marcial. Ciertamente es que, entre las numerosas citas de los epigramas del bilbilitano, pertenecientes fundamentalmente a los libros 1 y 2, el catedrático ofrece solo la traducción, libre como es de costumbre, de dos versos de los epigramas 1, 61 y 1, 49 del bilbilitano [f. 165]:

Nuestra Calatayud, digo, Liciano,  
de ti terná muy viva la memoria  
y a mí no dejará de darme gloria .

\*\*\*

Varón que de la gente aragonesa  
celebrado será con gloria estraña  
honra y blasón de toda nuestra España.

Una curiosidad hallamos al final de esta lección. El catedrático y Laminio se saludan y aquel versifica en una

cuarteta las palabras de Masinisa a Escipión, según cita Cicerón en su famoso «Sueño»:

Gracias a Dios que así veo  
en mi tierra y en mi casa  
a Laminio pues que pasa  
a pedir de mi deseo<sup>22</sup>.

En correspondencia a estos versos en alabanza suya y de su lección magistral, Laminio le dedica su versión del epigrama que Marco Lúcido Fósforo, pseudónimo de Lucio Fazini Maffei, escribió en alabanza de Domizio Calderini, comentarista del poeta bilbilitano [f. 166].

#### 2.1.4. *Otras traducciones*

A raíz de un suceso truculento contemporáneo, protagonizado por una mala mujer, relatado por un huésped en la posada donde reside Jacinto, este recita un centón tomado de los monósticos de Menandro<sup>23</sup>, en endecasílabos y verso libre, rimados solo los dos últimos versos:

Aunque es mal deleitable y dulce cosa  
soberbia alhaja la mujer hermosa [f. 167v<sup>o</sup>].

Marca el contrapunto Laminio, con una versión de Anacreonte<sup>24</sup>, basada en el último verso del anterior. Quizás se deba a una moda literaria en España la traducción de este apócrifo junto con otras obras, a tenor de las concomitancias patonianas con Quevedo, amigo de Patón<sup>25</sup>. Sabemos que aquel había traducido 51 epigramas de Marcial en sus *Imitaciones de Marcial*; que en su biblioteca tenía los *Punicoru[m] libri XVII* de Silio Itálico (Th. Volfium, 1522), un poeta leído en profundidad y muypreciado<sup>26</sup>; sabemos también que escribió un *Anacreon castellano*, confesando su fuente latina<sup>27</sup>, cosa que jamás hará Patón, a pesar de demostrar aquí y en otros textos su desconocimiento de la lengua griega.

Muy claro queda el afán pedagógico-moral de Laminio, al dejar a Jacinto la traducción de la carta de Isócrates a Demónico<sup>28</sup>, antes de continuar viaje a Sevilla. Un presente útil para la salud del alma del joven y muy importante para la historia de la traducción en la literatura castellana de la que solo había tres versiones más<sup>29</sup>. Con este texto clásico el maestro paremiólogo avala su docencia según muestra en algunas otras ocasiones y obras, eso sí, justificando siempre el uso de estos gentiles en autores cristianos como «Beda, San Jerónimo, san Agustín y otros doctores sagrados» [f. 178v<sup>o</sup>].

Completa el libro con la traducción de una selección de sentencias de Terencio Varrón<sup>30</sup>, dedicadas a su alumno Papiriano, con unos versos «trasladados» del poeta-filósofo Lucrecio —tan mal conceptuado durante siglos— y con otros pocos de Claudiano. Sin duda es una manera muy digna de acabar su trabajo, solo empañada por la versión de dos versos virgilianos muy hermosos dedicados por Eneas a su hijo Ascanio. El maestro, atolondrado, los atribuye a Homero, y dice:

De mí depende virtud  
Y el trabajo verdadero  
para la fortuna quiero  
que otro dé la prontitud<sup>31</sup> [f. 179v<sup>o</sup>].

## **2.2. La cultura clásica en el «Libro XVIII» de los *Comentarios de erudición***

### *2.2.1. Los transexuales*

En el «Libro XVIII», el maestro, olvidando el proyecto de dirigirse a Sevilla, anunciado en el libro anterior, nos sitúa en el reino de Galicia. Una vez más hace gala de su cultura libresca en la descripción de los mitos fundacionales de estos lugares, especialmente de la ciudad de Compostela, visitada por un sinnúmero de peregrinos entre los que se

halla un joven mozo transmudado de hembra en varón. Laminio, *alter ego* del autor, como ya hemos indicado, aborda entonces el primer tema del libro, el de los transexuales. Partiendo de un conocimiento personal —una religiosa de la villa de Sabiote— utiliza las informaciones de los prosistas clásicos Tito Livio y Plinio, de los poetas Ovidio y Ausonio, entresacadas de autores más cercanos como Martín del Río, Antonio de Torquemada y Francisco de Lugo y Dávila.

### 2.2.2. *Las edades humanas*

El segundo tema se refiere a las edades humanas fabulosas, cuya fuente principal sigue siendo el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada. Diversos contertulios aportan sus conocimientos relativos al rejuvenecimiento, procedentes de la transmisión oral —donde personajes conocidos citan hechos reales— o escrita: Esquilo, Ferecides, Ovidio, Simónides y Licofrón, entresacados de las *Mithologiae* de Natale Conti y otros autores. Laminio sabe que todo son fábulas y embustes, no solo presentes en griegos y gentiles, sino entre católicos y en España, pero concede:

lo que es rejuvenescer, desechar canas y rugas y parecer menos siendo de más edad, eso sí es posible y contingente, si bien raro y extraordinario [f. 192vº].

Y aprovecha para traducir unos versos ovidianos de las *Transformaciones*, referentes a los jugos de Medea que substituyen la sangre de Esón.

La reflexión sobre la larga vida anhelada por todos, portadora de un cúmulo de desventuras, males, trabajos, calamidades y miserias, lleva a otro contertulio —el administrador— a la cita de un tópico literario de raíz grecolatina, el *ubi sunt?*, planteado mediante un ¿qué se hicieron las siete maravillas del mundo?; ¿dónde están las

monarquías de asirios, medos, persas y romanos?; ¿dónde las proverbiales riquezas de Átalo, Craso y Crespo que ahora no valen nada? De ahí la conversación deriva en un tercer tema, el más importante del libro ciertamente:

la versión de la sátira décima de Juvenal por parte de Plácido, o, mejor dicho, del maestro Jiménez Patón. Obviaremos la calidad de su trabajo, puesto que sería absurdo aplicar las normas que hoy en día se exigen a toda traducción, pero sí observaremos los trazos más significativos de ella.

### 2.2.3. *La traducción de la sátira décima de Juvenal*

La traducción de la sátira juvenaliana de 366 versos y las 24 notas explicativas de Jiménez Patón ocupan los folios 197 a 241 del presente volumen, en las cuales, el maestro comenta las mismas palabras o frases empleadas por el filólogo Ioannes Britannicus Brixianus, observando y traduciendo sus entradas o bien resumiendo dos o más de ellas<sup>32</sup>.

Cabe mencionar la familiaridad del traductor, fruto de su experiencia docente, con los textos latinos, en este caso concreto el de Juvenal, para justificar alguna traslación; así, en *Ta[m] dextro pede* [10, 5], dice:

Hispanicé «en feliz punto» porque los antiguos en las acciones y voces tenían agüeros, y principal mente al entrar y salir de las casas, si entraba o salía el pie derecho o izquierdo delante, porque a aquel tenían por felice y a este por adverso [f. 198v<sup>o</sup>].

O en *Longinum* [10, 16]:

Hispanicelo así porque decir «escuadra», como nuestros gramáticos, es no considerallo: «escuadra» es de diez soldados y en latino se dice *decuria*, y «cohorte» es de 666 soldados, que es como un tercio, y así mejor me parece nombralle con el latino, pues español no le tenemos, sino decimos «tercio», y esto ha de hacer novedad y no se ha de entender [f. 200v<sup>o</sup>].

Y aún en *Custos angustae capsae* [10, 117], explica:

Hispanicé «el criado que lleva el vademécum» a quien ya solo llaman *uade* y le quitan el *mecum*; es la caja de pergamino o cartón en que llevan los